

Fernando Beramendi

Regresar no es un acto concluido

Tatiana Oroño



Fernando Beramendi en Isla Negra

Mientras regreso (1986), así tituló su primer libro. Fue editado en Grecia en versión bilingüe un año después del retorno físico al Uruguay del cual se había marchado sin tiempo de despedidas, a los dieciocho años, ligero de equipaje: alguna muda de ropa y algún miedo, tantas esperanzas. Llevaba consigo un sentimiento de fe que -como no pesa nada- lo acompañó por tierra y aire sin tener que registrarlo en ninguna de todas las aduanas que franqueó a lo largo de su vida. *Regreso al desierto* fue la última obra. Muchos nos quedamos sin verla. Irreparable. Lo efímero de la permanencia en cartel de la obra del francés Koltès, muerto precozmente, fue un sinsabor para su director uruguayo al cual también, demasiado temprano, perdimos en el desierto. Hay una coincidencia entre ambos títulos: podrían considerarse capicúas. Dibujan un quiasmo. El quiasmo en literatura es definido como la «ordenación de dos frases a modo de una figura y su imagen reflejada en el espejo». Su nombre proviene del de la letra X. Y esto ¿qué tiene que ver...? Tiene que ver con el regreso como constante y no como episodio: uno de los tópicos en las obras de Fernando Beramendi. En lo profundo tiene que ver con las fidelidades. Con el deseo, y por tanto con la vida. Y con los riesgos que trae vivir.

El regreso, postulado con fuerza de deseo, como imperativo de destino y no como acto concluido, fue uno de los asuntos que atrajo como escritor y como director a Fernando.

En 1985 -con todo su pelo renegrido, y barbas- Fernando Beramendi ingresó a la agrupación de escritores del PCU. Había llegado el escritor antes de que hubiera salido de la imprenta su primer libro, raro, escrito en castellano y en caracteres cirílicos. En compensación venía acompañado de otro, editado en Suecia en 1984 -*Fueradefronteras*- del que era co-antólogo y prologuista. En él se recogía producción literaria y gráfica de 41 uruguayos de la diáspora de los '70, entre los cuales había una muestra de la poesía del propio Fernando: tres páginas. Algo del escritor y del periodista -y también del gestor cultural que alentaba en él- había ya contenido en aquel volumen de 171 páginas, el cual, por añadidura, dejaba traslucir las huellas de un joven trotamundos: Cuba, Nicaragua, Suecia. De los otros fundadores de aquella agrupación de escritores,

provenientes de infancias cercanas o remotas en Tacuarembó, Rivera, Salto, San José, Galicia -pocos montevideanos de nacimiento-, casi todos llevaban todavía, en bandolera, el aire de otros mundos de exilio -geografías y culturas transitorias, de adultez-, traspuestos para venir a habitar en éste, que también era definitivamente otro mundo por ley de la vida (e irreversibilidad de las dictaduras). Los ritos de pertenencia a aquel enclave grupal incluían la participación en las reuniones políticas y en las tareas asignadas en ellas, así como en la rueda previa y/o posterior de boliche a la que no todos eran formalmente asiduos. Fernando - que había nacido en Carmelo en 1954 pero cuya infancia había transcurrido en Montevideo- era de estos últimos. Tenía la vida ocupada e, indefectiblemente, mil cosas por hacer. A lo largo de los meses y de los años vivió su travesía por la cultura montevideana. Abriéndose camino, buscando a los demás y también buscándose. Jamás descansó. Durante quince -en los que estuvo regresando, sobre todo a sí mismo; sin por ello dejar de salir al encuentro de los demás-, fuimos amigos.

Juntos viajamos a Chile en 1988 como integrantes de la delegación uruguaya presidida por Eduardo Galeano, al Encuentro Internacional Chile-Crea, por la recuperación democrática en aquel país. La primera entrevista periodística que hicimos juntos fue en Santiago; leímos en un estadio; participamos -mudos- de una jornada de poesía mapuche; y nos fotografiamos en la tumba erguida de Violeta Parra. Él fue a Temuco y visitó a las presas políticas. Le agradecieron con una carta que colgó en su casa. Lo enorgullecía. Para los uruguayos fue abierta la bodega de Pablo Neruda en Isla Negra -clausurada desde el golpe- y brindamos con el vino del poeta en el paladar, el océano en los ojos y la esperanza en el futuro buscando dónde posarse.

En esos años publicó dos libros de poesía: *Yodetú* (1987) y *Sombra en la última vidriera* (1992). A este último lo presentamos juntos en diciembre de 1991 en la Feria Nacional de Libros y Grabados, aunque el libro no había salido de imprenta, sólo porque era en esa fecha que estaba previsto su lanzamiento y ya había sido publicitado el acto. Otra vez, él se desencontraba con su libro. Pero aunque no estuviera el libro, estuvo su sombra -aquellas palabras que dijimos entonces- como anticipación de la edición demorada. Y aquella fue de algún modo, premonitoriamente, la última vidriera de su poesía: Fernando no volvió a publicar (aunque tuviera -como nos manifestó a algunos amigos- el propósito de hacerlo). Sus mayores esfuerzos de los últimos tiempos convergieron en el espacio escénico. La penúltima vez que fui por su casa (antes del estreno de *El amante*) me encontré con un sofá inflable de dos cuerpos, totalmente transparente. ...No era una excentricidad sino una importación hecha por él para la escenografía de la obra de Pinter. Su trabajo siempre estaba ramificándose: textos, patrocinadores, elencos, vestuario, escenografías y un sinfín de etcéteras, sin hablar de los plazos. Había empezado por los cursos nocturnos de la EMAD y se había recibido de actor. Sin dejar de ejercer el periodismo escrito e incluso televisivo, ni la docencia universitaria, fue simultáneamente creativo publicitario, guionista de videos, después actor y, por fin, director teatral. Obtuvo públicos reconocimientos: el Florencio Revelación y un viaje de estudios a París -que festejamos con un cortado-; la invitación a Washington a comienzos de año con *Luces en el espejo*; la invitación a Porto Alegre de la que -aunque le hiciera ilusión- debió desistir: ya estaba enfermo. Presenció tres ensayos de *Acuérdate amor mío* y llevé alumnos liceales a sus funciones. Fui testigo de su trabajo con las actrices en la Quinta de Santos, donde se preparaba *Los hilos y las brújulas*- obra en gestación, comprendida en el proyecto Kalibán- en la que me había comprometido a participar. Recorrimos sus jardines: el rosal y el castillito en ojivas adonde asomaban flores de hibisco que habían crecido dentro; la gruta donde redobla el croar del estanque de los sapos; las mazmorras en las que avanza la maleza; el foso que rodea la glorieta de la música. El cuidador nos habló de leones y de cantantes de ópera. Acudieron mitos y textos a nuestra mesa de trabajo que las más de las veces fue el pasto, sobre el que nos sentábamos en círculo. Allá abajo de las copas lejanas, envueltos en el febril canto de los pájaros. Llevé casi siempre grabador y aquellos sonidos han quedado guardados en las cassettes. Pero los hilos quedaron sueltos y las brújulas rotas. Habíamos pensado en desapariciones y pasiones: ejes de la historia que habíamos vivido, de la historia colectiva que nos teje y desteje. Los hilos que pensábamos urdir en la finca abandonada del tirano, quedaron sueltos y las brújulas no sé si rotas, pero sí desorientadas, como en la historia real. A la que nuestra historia quería reescribir y expulsar de las catacumbas de la fatalidad. Sin embargo resultó ser ella la nos reescribiera, con el dolor del golpe, con la injusticia de la pérdida. Lo último que me escribió Fernando fue un correo en el que me enviaba todos sus borradores, un gesto de regreso al origen del proyecto.

El 16 de diciembre estaba anunciada su lectura en las Tertulias Lunáticas. Leímos con Alicia Garateguy cuatro poemas tomados al vuelo de *Yodetú*. Se lo conté.

Doce días después alguien -una voz de mujer, la de Susana Anselmi- se irguió para decir -Chau, Gordo, y arrancar el aplauso. Gracias, Susana. Necesitábamos decirle Chau y hasta llamarlo, zumbonamente, Gordo -un apelativo inédito y cuyo sentido descubrí en ese instante (Fernando cuidaba la línea). Pero sobre todo necesitábamos aplaudirlo. Sí. Y seguir aplaudiéndolo, todavía, mientras regresa. ■